

Atlántico; por tierra, acudían a su puerto fluvial gentes y mercancías de toda España. Así puede explicarse la magnificencia de las moradas de los ricos comerciantes, de los nobles, la monumentalidad de sus edificios públicos, Aduana, Casa de la Moneda, Lonja, al servicio de este comercio, encauzado a través de la Casa de Contratación.

En ese ambiente ciudadano, de intercambio de mercancías y también de ideas y de gentes, muchas de ellas italianas, no es extraño que surja una plástica copiosa en matices y que sea en Sevilla en donde se acuse la evolución del clasicismo académico hacia las metas del naturalismo, a través de la pintura tenebrista, entonces en boga.

Desde niño, Velázquez, agudo observador del mundo de las cosas que la rodean, pintor, el más objetivo y sincero, que no idealiza, sino que ennoblece, se familiariza con los pinceles, entrando a trabajar en el taller de Francisco Herrera, «el viejo», pintor de trazo enérgico, original, innovador, tocado del tenebrismo que conoció en Rivera. A los doce años pasa al taller del patriarca de pintura sevillana Francisco Pacheco, pintor erudito, cultísimo, pleno de academismo italiano, aunque se esfuerza por entroncarse en el naturalismo que alborea. Por su casa pasaron los principales pintores de la escuela sevillana y algunos de la granadina, siendo a la vez un cenáculo literario. El maestro atisba el destello genial del discípulo, que se mueve con una gran libertad de pincel, llevando al lienzo lo que ve con un propósito realista, no exento del tenebrismo imperante. Pinta bodegones, con el trazo duro que viera en su primer maestro Herrera.

Casado muy joven con la hija de Pacheco, marcha a Madrid animado por su suegro, que le augura el triunfo, dadas sus extraordinarias cualidades. Al amparo del Conde-Duque de Olivares, en plena pujanza en su valimiento, es llevado a la Corte por los sevillanos amigos de su suegro. Pinta un retrato del joven monarca, que le abre las puertas de su aprecio, nombrándole su pintor exclusivo. Pero este cargo no es suficiente, y Velázquez entra en el servicio real en su calidad de uigier de cámara; desde este humilde escalón irá ascendiendo en el servicio de Palacio hasta el cargo de aposentador real, en cuyo desempeño le sorprendió la muerte.

El Madrid de mediados de siglo XVII ambienta su pintura. Era todavía la capital de España un lugarón de apenas 45.000 habitantes, en donde la nobleza, un poco anárquicamente, construía sus palacios, destacados en un medio urbano pobre, con viviendas de una y dos plantas, presidido todo por el Real Alcázar, edificado por Pedro I, restaurado por Carlos I, Felipe II y, finalmente, mejorado por el soberano reinante, que le hizo más cómodo y habitable, dotando a sus salas de valiosos cuadros, que Velázquez una y otra vez miraría, estudiando a los maestros que la vida en Palacio ponía a su alcance. En estos salones fríos, tristes, con borrosos espejos encuadrados en negras molduras, pequeñas puertas de pesados cuarterones, se desenvuelve el diario afán de las infantitas rubias, pálidas, de ojos azules, metidas en extraños e incómodos indumentos,

rodeadas de sus meninas, de los deformes enanos, de los grandes y dóciles perros.

Allí viven los reyes, la agraciada Isabel de Borbón, la virtuosa Mariana de Austria, primera y segunda esposa del monarca, en medio de sus hombres de placer, como se nombraba entonces a los enanos y truhanes que divertían a los príncipes. En su ambiente conoció el pintor a los protagonistas de sus retratos, a los pequeños infantes, al rey, a las reinas, con todo el empaque de la rígida Corte de los Austrias; mas, al pasar al lienzo, la magia de Velázquez los humaniza. Vió de cerca a los monstruosos enanos, a los tristes bufones; a todos inmortaliza, dándoles un perfil grato a pesar de sus lacras y fealdades. Hay algo, en la hondura de esas caras, que mueve a lástima o suscita un movimiento de simpatía.

Hay otra Corte alegre, frívola, despreocupada, caprichosa, que el poderoso valido fomenta para el mejor servicio de su augusto amo, con poetas, cómicos, farsas, reuniones literarias, que se cobijan en las espesuras boscosas del Buen Retiro. Otra faceta cortesana, la deportiva, entregada a la caza y a los placeres del campo, ambienta los cuadros de Velázquez, que utiliza como gigantesco telón de fondo los nitidos perfiles azulados del Guadarrama. En plena naturaleza, envueltos en la luz otoñal de la Meseta, cabalgan, en el severo paisaje de Castilla, en arrogante apostura, el príncipe Baltasar-Carlos, la gran esperanza fallida de la Monarquía Hispánica, el Conde-Duque, satisfecho en su alto valimiento, y el rey.

Cuadros de los grandes maestros, reyes, cortesanos, frondas del Buen Retiro y del Pardo, cacerías, bufones, todo ambienta a este «criado que pinta», según expresión del rey, que es Velázquez. Nadie mejor que él ha retratado a la España del mediados del siglo XVII, con sus grandezas y sus quiebras, con su Breda y Rocroy.

En los pórticos de las iglesias o en algún «patio de Monipodio» madrileño, conoció a los pícaros, traducidos por su pincel en el Menipo de mirada traviesa y enrojecida nariz, en el triste Esopo, al cabo ya de la vida. A uno de ellos, fanfarrón y espectacular por los grandes bigotes, le pone un bélico morrión y le convirtió en Marte. De las tabernas sacó a los personajes de Baco, rodeando alegres y beodos al dios del vino joven, los ojos turbios y labios húmedos del mosto nuevo. En una fragua copió a los herreros; aquél, junto a la hornacha, mira embobado a su dios patrono, en tanto que los más viejos, llenos de experiencia, sonríen socarrones ante la majestad desnuda de Vulcano. Por las calles madrileñas se tropezó, una y otra vez, con los hidalgos que hizo vencedores en Breda, sosteniendo los estilizados cipreses de las lanzas que apuntan al brumoso cielo flamenco en aquel ejemplo triunfal español y católico.

En dos ocasiones visitó nuestro pintor Italia; el primer viaje, sugerido por Rubens, le pone en contacto con los maestros italianos. Una nueva visita, ya en su plenitud, motivada por el mandato regio de adquirir obras de arte, le da ocasión para conocer grandes personajes, visitar las más importantes colecciones pictóricas y retratar al pon-